

RECICLAJE ZEN

Idalia Morejón Arnaiz

Publicado en revista Crítica, No. 161, México, sept-oct, 2014

I

Los monjes llegaron inesperadamente a la ciudad. Los artefactos del ritual, empacados en baúles, venían asegurados como vestigios romanos para exhibir en un festival. En la aduana, los agentes vaciaron las valijas; con afanoso exotismo examinaron de cerca, por primera vez, al Buda Concreto: pesado, de buena factura, sin dudas un buda fabricado en Japón. Entonces sonrieron, devolvieron la pieza a su lugar y dieron la bienvenida a los Artistas del Oriente, a la caza de aprendices en la ciudad espectral.

Rápidamente los monjes construyeron el templo, congregaron a los fieles, pidieron dinero. Les entregamos todo lo que teníamos: migajas. Nos devolvieron un silencio dizque de oro, señalaron al cielo y predicaron la conformidad. Durante la meditación, los más débiles eran tocados por la gracia de la vara que mece la espalda. Nosotros, no; preferíamos soportar las piernas adormecidas antes que pedir, como alivio, más dolor.

Tarde en la noche bebían y danzaban los monjes en las casas nocturnas de la ciudad. A la mañana curaban la resaca con hierbas que nunca oímos nombrar, mezcladas con agua hirviendo en una bombilla para mate: zen austral.

Celebraron la iniciación de los nuevos bodisatvas con lechón asado al borde de un manglar. Los talentos ensimismados allí nos congregamos; pretendimos ser Maitreya y dimos más: saltitos como cabras, resoplidos con vapores de soya, igual a dragones.

II

Decidieron los monjes sin demora llevarnos a pasear. Salimos en procesión marcando el paso a golpe de energía para ganar firmeza en la voz, tranquilidad en el alma. La realidad, decían, es la paz. Y callaban junto con nosotros.

Rieron artísticamente al ver los cráteres en las avenidas; observaron la naturaleza de la ruina como una forma de presente que nosotros, ofendidos, esquivamos por irreductible. “Ronco motor del rencor”, ronroneaba el Monje Mayor. Nunca supimos si eran palabras verdaderamente suyas, si las decía por primera vez ante nosotros, simples meditadores urbanos en plena asfixia, regateando tiempo contra la pared húmeda de un retiro. Nos condujeron al Bosque Cercano con la soltura de *otras veces*, y allí solicitamos la traducción de los sutras. “El sentido no importa”, tronaba en su arrogancia el Monje Mayor, tronaban igual Los Seis Monjes Restantes. Repetíamos con desatino *algo sabroso*.

El budismo nos regalaba, amistosamente, la versión punto cero de la vida. Así entrevieron altares en los escombros, degustaron la luz tropical, esparcieron el aroma de sus inciensos como humillo que brota de un pastel, ondulante y bífido, para que nadie careciera.

SESSHIN-RETIRO ZEN



*Dirigido por el Maestro KOSEN THIBAUT
los días 14 y 15 de Diciembre
En "La Madriguera"
(Quinta de Los Molinos)*

Abierta la inscripción.

Informes:
JUAN PABLO teléfono: 20-5717
OMAR teléfono: 70-0198

III

Desfilamos en soledad aparente, seguros de nuestras alianzas. Sabíamos, en la algazara y el exotismo, quién era quién. Los artistas de vanguardia se acercaban a las chicas siguiendo un orden tácito basado en lo que cada cual podía ofrecer. Ellas, bien lo sabíamos los hombres, buscaban sobrevolar el mundo en la vara mágica del zen.

En el momento de bordear los cráteres que serían bendecidos, los monjes se encontraban todavía más distantes, nunca supieron nuestros nombres. Nos habían privado, a nosotros sus seguidores, del Vistazo Único al charquito apestoso donde esperábamos encontrar cierta claridad. Veíamos sus ropas oscuras y holgadas allá adelante, siempre de espaldas, porque así es como vemos a los otros cuando no conseguimos llegar adelante. Como discípulos, queríamos que se volteasen para sonreírnos. Los monjes nos parecían totales, eternos, aptos para caminar al revés.

IV

Volvieron los monjes a la ciudad en pleno invierno; volvieron sin nada. Todo lo que tenían estaba aquí, o allí: fotocopias controladas, pimientos transgénicos en lugar de bizcochos a la hora del té. Los monjes sudaban, echaban a un lado la bombilla y clamaban por café. Entraban a nuestras casas y desde allí comandaban, perezosos y amargados.

Sin embargo, teníamos mucho que conmemorar: la construcción de Las Nuevas Escaleras al Cielo, una modalidad de espacio que sólo existe en un tiempo pasible de detener, por lo que decidimos tomarnos un descanso y convidarlos a una playa desierta. Tópico tras tópico mostramos nuestro dominio del Ritual, aprovechamos la intimidad con la naturaleza para exhibir nuestros cuerpos ahora enjutos, modelados. Habíamos cambiado, decían, pero no de lugar.

Retomamos la marcha y al mirar atrás no vimos a nadie; así respiramos, por fin, el humo denso y erecto que crecía entre las manos de los monjes. Ocupábamos el Frente Amplio de la Verdad, pero nada aconteció. Sin fondo de comitiva, ya era tarde: cientos de vacíos tectónicos sugerían en su gravedad la imposibilidad, y dimos nuevamente más: alaridos

sin voz, pataditas inertes, más siete empujoncitos discretos en dirección al charquito, en las siete espaldas de los siete monjes.

A los nuevos seguidores hoy les señalamos, con un dedo sin gesto, los bultos macilentos que con el paso de los días nos van sirviendo de luz para volver a meditar.